

comunicaciones, muchos pasos, muchas lágrimas, pero el delito había quedado impune.

Verdad es que también había resultado la dicha de dos corazones buenos; éste era el único rayo de sol que iluminaba aquel cuadro de desorden, de vicio y de miseria.



## XV

## El amor bueno

Nicolás, apenas libre, voló á Yautepec. ¿Qué había pasado allí durante su corta ausencia? ¡Temblaba de pensar en ello! Incomunicado rigorosamente desde que salió de aquella población hasta que fué puesto en libertad, nada había podido saber acerca de la suerte de doña Antonia, ni de Pilar; pero apenas pudo comunicarse con algunos de los vecinos de Yautepec, que habían acudido á hablarle, cuando supo que la infeliz madre de Manuela, demasiado débil para resistir tantos golpes, había caído en cama, atacada de un violento acceso de fiebre cerebral. Era muy posible que la pobre señora hubiese

hacia muchos meses, que era un hombre imposible en el corazón de Manuela. Más aún; con su perspicacia natural, con esa facilidad de percepción que tienen los enamorados humildes, había adivinado, analizando detalle por detalle, al regresar tristemente de Yautepec todas las noches, sus estériles y cada vez más heladas entrevistas con la joven, que ésta no sólo sentía desapego hacia él, sino repugnancia. Ahora bien: á la expresión de este sentimiento, que aun en un semblante hermoso es dura y desagradable, no podía resistir un alma altiva como la de Nicolás. Si él hubiera sido uno de esos muchachos tontos y fatuos que interpretan siempre el gesto y las palabras de las mujeres que aman, en el sentido menos desfavorable para ellos; si hubiese sido uno de esos hombres vengativos y tenaces que hacen del sufrimiento un medio de triunfar y de vengarse; si por último hubiese sido uno de esos viejos libérrinos para quienes el deseo es una coraza que los hace invulnerables, y para quienes la posesión á toda costa es ya el único objeto de su amor sensual, Nicolás habría permanecido firme en su intento, sostenido por el apoyo de la madre, gran apoyo junto á una hija, por contraria que ésta se muestre.

Pero Nicolás era un hombre de otra especie. Indio, humilde obrero, él tenía, sin embargo, la conciencia de su dignidad y de su fuerza. Él sabía bien que valía, como hombre y como pretendiente, lo

bastante para ser amado de Manuela. Su honradez inmaculada le daba un título; su posición, aunque mediana, pero independiente y obtenida merced á su trabajo personal, lo ennoblecía á sus ojos; su amor sincero, puro, que aspiraba á la dignidad conyugal y no á los goces pasajeros del deseo material, le hacían valorizarlo y estimarlo, como un tesoro que debía guardarse intacto.

En suma, él amaba tiernamente, con sumisión, pero con decoro, con pasión tal vez, pero con dignidad, y comprometer este decoro y esta dignidad en algún acto de humillación le habría parecido degradar su carácter y arrastrar por el suelo aquel sentimiento que llevaba tan alto.

Así, pues, tan luego como Manuela, enamorada como estaba de otro hombre, creyó conveniente quitarse el velo del disimulo y comenzó á mostrar á Nicolás un desabrimiento que éste conoció al instante, que fué aumentándose de día en día, y que acabó por convertirse en un marcado gesto de repugnancia, Nicolás comenzó por sentirse lastimado profundamente en su orgullo de hombre y de amante, y acabó por experimentar la insoportable amargura de la humillación. Su amor, ya bastante desarraigado por los desaires anteriores, no pudo resistir á la última prueba, y fué desvaneciéndose á gran priesa en su corazón. El afecto de doña Antonia, un vislumbre de esperanza y cierto hábito contraído de ver

á la joven todos los días, aun lo retenía débilmente, como lo hemos visto; pero al saber que aquella mujer á quien había creído insensible para él, pero honrada, había huído con el odioso bandido cuyo nombre era el espanto de aquella comarca, una sorpresa dolorosa primero, y un sentimiento de desprecio después, se apoderaron de su alma.

Después, este desprecio fué tornándose, al considerar la perversión de carácter de Manuela, en un sentimiento de otro género.

Era la repugnancia, pero la repugnancia que inspira la fealdad del alma; y después una viva alegría inundó su corazón.

Él, Nicolás, el pobre herrero de Atlihuayan, se había escapado de aquel monstruo. Había estado amando á un demonio, creyéndolo un ángel. Hoy que se veía libre de él, se avergonzaba de su ceguedad de los primeros días, y se felicitaba de que el cielo ó su buena suerte le hubiesen salvado del peligro de haberse enlazado con aquella criatura, ó al menos de la desgracia de seguir amándola, lo que habría sido terrible para él, dado su carácter altivo é intensamente apasionado.

Lejos de eso y como una compensación gratisima, precisamente en los momentos en que su espíritu había quedado enteramente despejado de las últimas nieblas que aquel afecto hubiera podido dejarle, cuando la serenidad acababa de restablecerse en su cora-

zón, serenidad que no había sido bastante para turbar ni la indignación que lo había agitado, había visto surgir ante sus ojos una nueva imagen, más bella y dulce que la que había desaparecido, y había sentido, había comprendido que esa sí era el ángel bueno de su existencia. Ni podía menos; el amor de Pilar se había descubierto en un momento solemne y decisivo, sin interés y sin esperanzas, con todos los caracteres de abnegación, de generoso sacrificio, de resolución heroica que deben ser las cualidades del afecto extraordinario. ¿Cómo no sentirse subyugado en el instante por un amor tan poderoso? Nicolás no sólo sintió penetrar en su alma, como un torrente de fuego, aquel amor nuevo y luminoso, sino que experimentó algo, como un remordimiento, como vergüenza de no haber abierto antes los ojos á la dicha, de no haber adivinado el afecto que inspiraba y que seguramente había vivido oculto cerca de él, protegiéndolo, envolviéndolo en una atmósfera de simpatía y de cariño. Y él, ¡cómo habría hecho sufrir á la bella y modesta joven con su aparente galantería para Manuela! ¡Quizás la habría lastimado alguna vez, quizás habría sido cruel, sin quererlo, hiriendo la delicadeza de aquel corazón tierno y blando como una sensitiva!

Tal idea le hacía aparecer á sus propios ojos como inferior á su amada de hoy, pero no con esa inferioridad que humilla, sino con la inferioridad del

una mirada sola de simpatía, ahora recibía á torrentes, en una explosión amorosa, toda aquella dicha que antes no se hubiera atrevido siquiera á soñar.

Y ella estaba allí, la bellísima joven, que había ocupado su pensamiento en aquellos días de prisión y en aquellas noches de insomnio; y sentía sus hermosos brazos de virgen enlazar su cuello, y palpar su corazón enamorado junto á aquel corazón que ya no latía sino para ella, y sentía sus lágrimas humedecer sus manos y su aliento bañar como un dulce aroma su semblante. Nicolás no podía hablar. Era presa de una emoción avasalladora y que paralizaba sus facultades.

Por fin, después de haber estrechado á la joven con un arrebato amoroso más significativo que diez declaraciones, la dijo, besándola en la frente:

—Pilar mía; ahora sí, ya nada ni nadie nos separará. Lo que siento es no haber conocido antes dónde estaba mi dicha; pero, en fin, bendigo hasta los peligros que acabo de pasar, puesto que por ellos he podido encontrarla.

Pilar, como toda mujer, y aunque rebotando amor y felicidad, no pudo substraerse á un vago sentimiento de temor y de recelo. No estaba todavía bastante segura de que en el corazón de Nicolás hubiese desaparecido completamente aquel antiguo amor de Manuela, quizás exacerbado aún por todo lo que acababa de pasar. Así es que, fijando los ojos con

timidez en los del herrero, se atrevió á preguntarle, con un acento en que se traslucía el miedo de perder aquella dicha suprema:

—¿Pero es cierto, Nicolás? ¿me quiere usted como á Manuela?

—¿Como á Manuela?—interrumpió Nicolás, con vehemencia.—¡Oh, Pilar! no me haga usted esa pregunta, que me lastima. ¿Cómo puede usted comparar el amor que hoy le manifiesto, y que siento, con el afecto que tuve á aquella desgraciada? Aquél fué un sentimiento de que hoy tengo vergüenza. Ni sé cómo pude engañarme tan miserablemente ni alcanzo á explicar á usted lo que me pasaba. Quizás sus desaires, su frialdad, me exaltaban y me hacían obstinarme; pero si he de decir á usted la verdad de lo que sentía, cuando á mis solas, y lejos de aquí, me ponía á reflexionar, examinando el estado de mi corazón, le confieso que aquello no era amor, no era este cariño puro y apasionado que usted me hace sentir ahora, sino como una enfermedad de la que yo quería librarme, y como un capricho en que estaba interesado mi amor propio, pero no mi felicidad. Pero todavía quiero decir á usted, aun cuando no lo crea, que ya en los últimos días este capricho no existía, ese afecto había desaparecido; Manuela no me producía ya la impresión que al principio, y si no hubiera sido porque la señora se había empeñado en convencerla de que debía casarse conmigo, y me

había hecho entender que al fin lo lograría, que no perdiera yo la esperanza y que contara con su apoyo, francamente, quizás habría yo acabado por aborrecer á Manuela, ó al menos por olvidarla, y habría dejado de venir á esta casa.

—Pero, ¿y mi madrina?... ¿y yo?... ¿No pensaba usted en nosotras? —preguntóle Pilar, en tono de queja.

—¡Ah, sí!—replicó Nicolás,—la señora, la pobrecita señora era digna de todo mi cariño... En cuanto á usted, Pilar, ¿debo decirlo? ni me atreví á soñar siquiera en ser amado por usted; ya había comprendido cuán dichoso sería el hombre amado por usted; ya había levantado hasta usted mis ojos llenos de esperanza, pero los había vuelto á bajar con tristeza, pensando en que usted tampoco había de quererme. Me parecía usted más alta que Manuela para mí. Y luego, pensar en usted, decirle á usted algo, después de los desaires de Manuela, sufridos en presencia de usted, me parecía indigno. ¡Si hubiera yo adivinado!... Conque ya ve usted que no ahora, mucho antes, aquel afecto para Manuela había acabado. ¿Duda usted todavía? ¿Cree usted que el amor que le tengo, y que ha crecido por años en tan pocos días, se parezca al sentimiento que abrigué por esa infeliz, y que se ha convertido ahora en un desprecio espantoso?...

—Ya no dudo, Nicolás, ya no dudo,—dijo la

joven, estrechando las manos del herrero entre las suyas.—Y aunque dudara,—añadió suspirando,—mi felicidad consiste en este amor que siento por usted hace mucho tiempo, que he guardado en el fondo de mi corazón, sin esperanza entonces, aumentado cada día por el dolor y los celos, y que sólo ha podido revelarse en el momento en que corría usted peligro y en que yo estaba próxima á perder el juicio. Yo no podía esperar que usted me amase. Al contrario, estaba segura de que usted amaba á Manuela más que nunca, quizás porque la había perdido para siempre; pero no fuí dueña de mí, no pude contenerme, no dí oídos más que á mi corazón.

—Pero, niña,—dijo Nicolás, en tono de reconvencción,—usted me juzgó mal, quizás porque no conocía bien mi carácter. Para amar todavía á Manuela, á pesar de lo que había hecho, se necesitaba en primer lugar haberla amado de veras, y acabo de decir á usted que no era así, y después se necesitaba ser un hombre vulgar, y yo, aunque humilde, aunque obrero rudo, aunque indio sin educación, y sin otros ejemplos, puedo asegurar á usted que no soy vulgar, que me siento incapaz de estimar un objeto indigno, y que para mí la estimación es precisamente la base del amor. ¿Yo había de seguir queriendo á una perdida que se dejaba robar por un asesino y un ladrón? ¡Imposible, imposible! De padres á hijos, en mi familia india, nos hemos trans-

mitido las ideas de honradez altiva que tantas veces me han echado aquí en cara, como un defecto, y que me han granjeado algunos enemigos. Nosotros hemos sido pobres, muy pobres, pero alguna vez yo contaré á usted cómo mis antepasados, en sus montañas salvajes, en sus cabañas humildísimas han sabido, sin embargo, conservar siempre su carácter limpio de toda mancha de humillación ó de bajeza. Han preferido morir á degradarse, y eso no por vanidad, ni por conservar una herencia de honor, sino porque tal es nuestra naturaleza. La altivez en nosotros es parte de nuestro ser. Así, pues, figúrese usted si yo pudiera haber sentido por Manuela, después de lo que ha hecho, otro sentimiento que el de una compasión despreciativa. Hacer otra cosa hubiera sido una degradación... ¿Está usted convencida?

—Sí, Nicolás,—dijo apresuradamente la joven,—perdóneme usted; pero á pesar de que conocía su carácter, mi cariño, mi pobre cariño, nacido en medio de los celos, me hacía ciega y desconfiada... ¡No me guarde usted rencor!...

—No, lo que le guardo á usted, buena y hermosa niña, es un amor santo y eterno... ¿quiere usted ser mi esposa, luego?...

—¡Oh! —dijo llorando Pilar,— será mi felicidad; pero hemos hablado largamente, nos hemos extraviado, hemos olvidado el mundo, Nicolás, y estamos hablando cerca de una moribunda... mi madrina...

—¡Oh sí, la señora!...

—Mi madrina se muere,— exclamó Pilar con abatimiento;— hace dos días que no toma alimento ninguno, su debilidad es muy grande, la fiebre violenta, y todos dicen que no tiene remedio.

Nicolás, al saber esta noticia, inclinó la cabeza lleno de pesadumbre.

